

843

2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LIBRO PRIMERO

I.
Una boda en Veſpur



ADAMA Chebe?

— Amigo mío?

— Estoy contento.

Era la centésima vez que el honrado Risler decía que estaba contento aquel día, y siempre con el mismo acento enternecido, con la misma voz lenta, sorda, profunda, esa voz que, dominada por la emoción, como que no se atreve á salir de tono por no ahogarse en lágrimas.

Y por nada absolutamente hubiera querido Risler llorar en aquel momento. ¡Bien estaría un novio llorando en su banquete nupcial! Sin embargo, no le faltaban las ganas: su misma felicidad lo sofocaba anudándole la voz en la garganta, y todo lo más que podía

hacer era murmurar de cuando en cuando, no sin que le temblaran los labios:

—Estoy contento... estoy contento.

Y efectivamente, tenía motivos para estarlo.

Desde el amanecer se creía el pobre hombre poseído por uno de esos magníficos ensueños de que se teme despertar súbitamente con los ojos deslumbrados; sino que pareciale á él que el suyo no había de acabar nunca, como quiera que, habiendo comenzado á las cinco de la mañana, aún duraba a las diez de la noche, bien dadas en el reloj de Vefour.

¡Cuántas cosas aquel día, y cómo se le grababan al afortunado novio en la memoria del corazón los más ligeros pormenores!

Veíase al romper el día recorriendo su cuarto de solterón con alegría igual á su impaciencia, afeitado ya, puesto de levita y provisto de guantes blancos, de que con cierta previsión llevaba en el bolsillo nada menos que dos pares. Ahora he aquí los coches de gala, y en el primero, en el de los caballos blancos forrado de damasco amarillo, vislumbrando como nacarada nube los atavíos de la novia... Luégo la entrada en la iglesia, dos á dos, precedidos siempre de la blanca nube, flotante, ligera, deslumbradora. El órgano, el sermón, los cirios iluminando las joyas, los trajes de primavera... y aquella concurrencia en la sacristía y la nubecilla blanca perdida, cercada, abrazada, ahogada, mientras el recién casado da sendos apretones de manos á todo el alto comercio parisiense que había acudido allí á honrar el acto... Y la despedida del órgano, inundación de armonía más solemne y brillante, porque, ya á puerta abierta, hacía participar de la ceremonia de familia á la calle entera; y el cortejo saliendo al compás mayor de aquella música, y las exclamaciones del gentío, entre las cuales fué más distinta que todas la de una resuelta y desenfa-

dada bruñidora que dijo con toda esta gallardía:

—Lo que es el novio no es un primor; pero la novia es una real moza.

Pero esto es lo que enorgullece á los novios.

Después el almuerzo en la fábrica, en un taller adornado de tapices y flores; el paseo por el bosque, condescendencia tenida con la suegra Madama Chebe, que, fiel á su clase inferior en el comercio parisiense, no hubiera creído casada á su hija sin una vuelta por el lago y otra por la cascada... Y luégo al punto de partida para comer, mientras encendían las luces en el *bulevar*, donde se volvían los transeúntes á ver pasar la boda, llevada al paso de los caballos de alquiler hasta la escalera de Vefour.

Hasta aquí estaba de su sueño.

Entonces entorpecido de fatiga y felicidad, el bueno de Risler miraba vagamente aquella larga mesa de ochenta cubiertos en forma de herradura, ocupada ya por conocidos en cuyos risueños semblantes pareciale reflejada su propia dicha.

Por fin terminó la comida. El rumor de los colchicos flotaba al rededor de la mesa. Aquí unas caras se volvían hacia otras; allá se tendía un brazo por detrás de un canastillo de asclepiadas; por encima de una frutera una cabeza infantil y los postres á la altura de los ojos inundaban la mesa de colores, de luces, de alegría.

¡Oh! sí, Risler estaba contento.

Á excepción de su hermano Franz, estaban allí todos los que amaba. En primer lugar y frente á frente, Sidonia, ayer una niña, hoy su esposa. Para sentarse á la mesa se había quitado el velo y había salido de su nube. Ahora de su traje de seda blanco y liso salía un bello rostro más blanco aún y mate y dulce, y su corona de cabellos por debajo de la otra corona tan primorosamente hecha y ceñida, tenía palpaciones de vida

y reflejos de plumas que no pedían sino volar. Pero los maridos no ven estas cosas.

Después de Sidonia y Franz, la persona más querida de Risler era Madama Georges Fromont, la mujer de su consocio, la hija del difunto M. Fromont, su antiguo patrono y su ídolo. La había puesto á su lado y en su manera de hablarle se echaba de ver cierta ternura, no ya sólo deferencia. Era esta dama una joven de la misma edad que Sidonia, poco más ó menos; pero de belleza más correcta y tranquila. Fuera de sus hábitos en medio de tanta gente, hablaba poco, bien que se esforzara en parecer amable.

Al otro lado de Risler estaba Madama Chebe, su suegra, tan pomposa y radiante con su vestido de raso verde, más reluciente que un escudo. Y desde que Dios amaneció todos los pensamientos de la buena señora eran tan brillantes como su vestido de emblemático matiz. Á cada instante decía para sí: «Se casa mi hija con *Fromont menor* y *Risler mayor*.» Y era que en su imaginación no era Risler mayor sólo quien se casaba con su hija, sino toda la muestra de la casa, aquella razón social tan conocida en el comercio de París. Y cada y cuando que comprobaba tan glorioso acontecimiento, se empinaba más y más, derecha y rígida, estirando la seda del escudo hasta hacerla crugir.

¡Qué contraste con la actitud de su esposo M. Chebe, colocado algunas sillas más lejos! En el matrimonio, por lo regular, las mismas causas producen efectos del todo diferentes. Aquel hombrezuelo de gran frente utopista, lucía, abollada y vacía como una gran calabaza, tenía una expresión de mal humor tan radiante como la satisfacción de su mujer. Estaba en carácter, sin embargo, como quiera que de buen humor no estaba nunca y antes bien renegaba todos los días del año. Con todo eso, no tenía en tan solemne ocasión la

cara mustia y misera de siempre, ni el amplio y flotante paletó, cuyos enormes bolsillos resaltaban llenos siempre de muestras de aceite, de vino, de vinagre, alternativamente según las exigencias de la oferta. Su levita negra y flamante hacía muy buena pareja con el vestido verde de su cara mitad; mas por desgracia sus ideas eran del mismo color que su levita... ¿Por qué no se le había colocado cerca de la novia, como pedía su derecho? ¿Por qué ocupaba el sitio que á él le correspondía Mr. Fromont menor? Y el viejo Gardinois, el abuelo de esa familia ¿qué tenía que hacer al lado de Sidonia? ¡Ah! ¡todo para los de Fromont y nada para los de Chebe! Y luégo extraña esta gente que se hagan revoluciones!...

Por fortuna, para desahogar su enojo, tenía junto á sí á su amigo Delobelle, antiguo comediante sin contrata, que le escuchaba con la fisonomía plácida y majestuosa de sus días felices. Por más que la mala voluntad de los empresarios tenga alejado del teatro á un actor, espacio de quince años, siempre encuentra el actor, cuando es menester, actitudes escénicas adecuadas á las circunstancias. Así, pues, tenía Delobelle aquella noche su cara de los días de bodas, cara medio seria, medio risueña, condescendiente con aquella gente de poco más ó menos, y á la vez despejada y solemne. Hubiérase dicho que asistía, en presencia de todo el público de un teatro, á un festín de primer acto con manjares contrahechos; y tanto más parecía que desempeñaba un papel el fantástico Delobelle, cuanto que esperando que se utilizaría su talento en tan buena coyuntura, repasaba mentalmente, desde que se sentó á la mesa, los mejores pasajes de su repertorio, lo cual daba á su semblante una expresión vaga, facticia, despegada, ese aire de falsa atención del comediante en escena, que fingiendo escuchar lo que le dicen, no piensa sino en lo que ha de contestar.

Y, cosa singular, la novia también tenía algo de esta misma expresión: á su rostro tan bello y juvenil, que la felicidad animaba sin despejarlo del todo, asomaba una preocupación secreta, y a las veces, como si hablara consigo misma, una ligera sonrisa fruncía la comisura de sus labios.

Con esta ligera sonrisa contestaba á las chanzas un tanto picarescas del abuelo Gardinois, sentado á su derecha.

— ¡Siempre la misma esta Sidonia!—decía riendo el viejo.—Apenas hace dos meses que no sino quería entrar en un convento. No son malos conventos los que desean estas mozas. Es lo que se dice allá entre nosotros: *En el convento de Santa Ana, cuatro zapatos bajo una cama.*

Y todos celebraban á carcajadas los chistes rurales del viejo campesino del Berrí, en quien una fortuna colossal suplía el corazón, la instrucción, la bondad, pero no el ingenio, porque sagacidad tenía el zorro viejo mas que todos aquellos mercaderes juntos. Entre las personas que le inspiraban algunas simpatías, que eran por cierto muy pocas, la bella Sidonia, á quien había conocido muy niña, le gustaba singularmente; y ella por su parte, demasiado pronto rica para no adorar la fortuna, hablaba á su comensal de la derecha con expresión muy notable de respeto y coquetería.

En cuanto al de la izquierda, ó sea Jorge Fromont, consocio de su esposo, al contrario, mostrábase con él muy reservada, limitando su conversación á los cumplimientos de buena crianza, y aun había al parecer entre ellos como una afectación de indiferencia.

Luégo cundió de pronto entre los convidados ese movimiento simultáneo que precede al levantarse, ruido de sedas, de sillas, de últimas palabras y risas; y en este punto, más expansiva ya Madama Chebe,

decía en alta voz á un primo suyo de provincia, extático ante el porte reservado y tranquilo de la recién casada, de pié ya y del brazo de Mr. Gardinois:

— Ya ves, primo, á esa niña. Nadie pudo saber nunca lo que pensaba.

Entonces se levantaron todos y pasaron al salón.

Mientras los convidados del baile llegaban en tropel á confundirse con los del festín, afinaba la orquesta y los aficionados al vals echaban el lente á las impacientes jóvenes, el recién casado, tímido ya de suyo y más por las circunstancias, se había refugiado con su amigo Planus, cajero de la casa Fromont treinta años hacía, en aquella galería adornada de flores y tapizada de papel de hojarasca, que viene á formar un fondo de verdura en los dorados salones de Vefour. Allí á lo menos estaban solos y podían hablar á sus anchas.

— Sigismundo, amigo mío, estoy contento.

Y Sigismundo estaba contento también; sino que Risler no le daba tiempo de decirlo; pues ahora que no temía llorar delante de tanta gente, se desbordaban y salían ya afuera todos los júbilos del corazón.

— Considera, amigo mío, lo que pasa por mí. ¡Es tan extraordinario que una joven como ella me haya preferido á mí! Porque, en fin, no soy yo nada gentil de mi persona, sin que para saberlo necesite que nadie me lo diga, como la desvergonzada de esta mañana. Fuera de esto, me zumban ya los cuarenta y dos años, que es una edad respetable, especialmente para ella tan moza y agraciada. Había para su regalada elección tantos otros más jóvenes y encopetados, sin contar mi pobre Franz que tanto la amaba!... Pero no, no ha querido á nadie sino á su viejo Risler. Pero ¡por qué manera tan chusca se ha hecho todo esto! Tiempo hacía que la veía triste y enteramente cambiada y desde luégo entendí que la inquietaba

algún pesar amoroso. De acuerdo la madre y yo, nos devanábamos los sesos, ansiosos de averiguar lo que había en ello de cierto, cuando he aquí que una mañana entra en mi habitación madama Chebe y me dice con las lágrimas en los ojos: «Á usted, mi pobre amigo, á usted es á quien ama.» Y en efecto, era á mí á quien amaba... ¡Era á mí! ¿Quién hubiera sospechado semejante cosa? ¡Y pensar que en un mismo año me han tocado dos lotes tan dichosos!... Asociado á la casa de Fromont y casado con Sidonia... ¡Oh!

En esto, al compás de un vals tempestuoso una de las parejas entró á raudos giros en el saloncito: eran la novia y Jorge Fromont, el consocio de Risler. Jóvenes y elegantes ambos á dos, hablaban reservadamente encerrando sus palabras en los estrechos círculos del vals.

— Mentira — decía Sidonia un tanto pálida, pero siempre con su peculiar sonrisa.

Y el otro, más pálido que ella, contestaba seriamente:

— No, no es mentira. Mi tío moribundo quiso aquel matrimonio... Usted había partido y... yo no me atreví á resistirme.

Desde lejos, los admiraba Risler diciendo:

— ¡Qué hermosa es! ¡Y qué bien valsan los dos!...

Pero viéndolo ellos, muy luego se separaron, y Sidonia se le acercó á buen paso.

— ¡Como! — le dijo — ¿Aquí está usted? Y ¿qué hace usted aquí? Por todas partes se le busca. ¿Por qué no está usted allá?

Hablando así, con un gracioso movimiento de mujer impacientada, le arreglaba el lazo de la corbata. Esto enloquecía á Risler, que se sonreía mirando de reojo á Sigismundo, sintiéndose demasiado feliz al contacto de aquellas manos, bien que enguantadas para notar el temblor de todos sus dedos.

— Deme usted el brazo — le dijo su esposa luego, volviendo juntos á los salones.

El traje blanco y rozagante de la novia hacía que pareciera más desairada la negra levita del novio, si mal cortada, peor puesta. Pero una levita no es ya cosa que se arregle como el lazo de una corbata, y era preciso aceptarla tal como era. Mientras saludaban al paso á los que anhelaban una sonrisa, hubo de gozar Sidonia un momento de orgullo, de vanidad satisfecha, que bien á su pesar no pudo durar mucho. Había á un extremo del salón una dama tan joven como hermosa, á quien nadie invitaba á bailar y que miraba á las parejas con tranquilos ojos, iluminados con toda la alegría de la primera maternidad. En cuanto Risler la vió, se fué derecho á ella y obligó á Sidonia á sentarse junto á ella. No hay para qué decir que era madama Georges. ¿Á qué otra hubiera hablado Risler con tan respetuosa ternura? ¿En qué otra mano hubiera podido poner la de su Sidonia diciendo:

— ¿No es verdad que la amaré usted mucho, señora? Es usted tan bondadosa!... Y luego tiene ella tanta necesidad de sus buenos consejos, de su conocimiento de la sociedad!...

— Pero, amigo mío — contestaba madama Georges — Sidonia y yo somos antiguas amigas, y las dos tenemos razones para amarnos en adelante.

Y su mirada franca y serena en vano procuraba encontrar la de su antigua amiga.

Con su completa ignorancia en achaque de mujeres, y la costumbre que tenía de tratar á Sidonia como una niña, el bueno de Risler continuó en el mismo tono:

— Tómala por modelo, hija mía, pues no hay dos en el mundo como madama Georges, toda á su padre; una verdadera Fromont.

Sidonia, con la vista baja, se inclinaba sin contestar

una palabra; pero un estremecimiento imperceptible corría desde la punta de su bota de raso hasta el último azahar de su guirnalda. El honrado Risler no observaba nada de esto. La emoción, el baile, la música, todas aquellas flores y luces lo tenían embriagado y como loco, y creía que los demás respiraban como él aquella atmósfera de felicidad que lo envolvía. No sentía las rivalidades, los odios que se cruzaban por encima de todas aquellas frentes adornadas.

No veía á Delobelle apoyado en la repisa de la chimenea, cansado de su eterna actitud, con una mano en la sisa del chaleco y el sombrero en la cadera, mientras pasaban las horas sin que nadie pensara en utilizar sus talentos. No veía á Mr. Chebe que con sombrío enojo se reconcomía entre dos puertas, más furioso que nunca contra los de Fromont. ¡Oh los de Fromont! Allí estaban todos ellos con sus mujeres, con sus hijos, con sus amigos, con los amigos de sus amigos. ¿Quién hablaba de los Risler ó los Chebes? Ni siquiera lo habían presentado á él, con ser el padre de la novia. Y su furor subía de punto, cuando veía tan satisfecha á su mujer y tan erguida en su vestido con reflejos de escarabajo.

Por lo demás, había allí como en casi todas las fiestas nupciales, dos corrientes bien distintas que se rozaban, por decirlo así, sin confundirse, y una de las dos cedió muy luégo á la otra. Aquellos Fromont que tal y tanto enojo causaban á Mr. Chebe y que formaban la aristocracia del baile, el presidente del tribunal de comercio, el síndico de los procuradores, un famoso chocolatero, diputado del cuerpo legislativo y el millonario Gardinois, todos se retiraron poco después de las doce. Detrás de ellos Jorge Fromont y su esposa tomaron su carruaje. Con esto no quedó más que el partido Risler-Chebe; y luégo al punto, cambiando de aspecto la fiesta, hubo de hacerse más ruidosa.

Fatigado de ver que no se le pedía nada, el ilustre Delobelle se había decidido á pedirse algo á sí mismo y con voz rimbombante comenzó el monólogo de Ruy-Blas: «Buen apetito, señores» mientras en el ambigú se disponía cada cual á tomar su chocolate y su ponche. Mozas de modesto porte se exhibieron entonces en las banquetas, contentas con producir en fin su efecto, y por aquí y por allá algunos dependientes de mostrador, se divirtieron arriesgando un cuatrillo.

Tiempo hacía ya que la novia quería retirarse y muy luégo desapareció con Risler y su madre. En cuanto á Mr. Chebe, que había recobrado ya toda su importancia, imposible llevárselo de allí. Alguien había de hacer los honores ¡qué diablo! y apuesto á que el hombrecillo se encargaría de ello. Estaba rojo, encendido, turbulento, lenguaraz, casi sedicioso. Desde abajo se le oía hablar hasta de política con el fondista de Vefour.

La carroza nupcial, cuyo adormecido conductor llevaba un poco flojas las blancas bridas, rodaba pesadamente por las desiertas calles hacia el Marais.

Entretanto, Madama Chebe hablaba hasta por los codos, como suele decirse, enumerando los esplendores de aquel memorable día y admirando sobre todo la comida, cuyo servicio había sido para ella la más alta expresión del lujo. Sidonia soñaba despierta en las sombras del carruaje, y Risler, sentado enfrente de ella, si no decía ya que estaba contento, lo pensaba, lo sentía de todo corazón. Una vez intentó asir una blanca mano que se apoyaba en el vidrio levantado; sino que huyendo la mano á su contacto, quedó ya él inmóvil y perdido en muda adoración.

Pasaron el mercado, la calle de *Rambuteau* llena de carros de hortelanos; después hacia el extremo de la calle de *Francs-Bourgeois* y torcieron la esquina de los Archivos para entrar en la calle de Braco. Detuvié-

ronse allí la primera vez, y madama Chebe se apeó en su puerta, demasiado estrecha para su pomposo traje de seda verde, que desapareció al fin en la entrada con ruidosos frotamientos y aun quejas de todos sus volantes. Algunos minutos después una maciza portada de la calle de *Vieilles-Haudriettes*, que bajo borrado escudo de antiguo palacio ostentaba el rótulo azul de *Papeles pintados*, abrió sus dos hojas y libre paso á la carroza nupcial.

Esta vez, inmóvil y como dormida la recién casada, pareció que se despertaba de súbito, y si todas las luces no hubieran estado apagadas en los inmensos talleres y almacenes alineados en el patio, habría podido ver Risler la sonrisa de triunfo que vino á animar de pronto aquel bello, pero enigmático rostro. Las ruedas acallaron su ruido en la menuda arena del jardín y á poco se detuvieron delante de la escalinata de la casa habitación, en cuyo principal vivía el joven Fromont con su esposa y en cuyo segundo iba á instalarse Risler con la suya. La casa estaba al aire libre: aquí el comercio rico se vengaba de la calle lóbrega, del arrabal perdido. Desde el primer peldaño hasta el segundo piso se extendía una estrecha y larga alfombra; había jarros de flores en la antesala y por todas partes esplendores de mármoles y reflejos de espejos y bronce bruñidos.

Mientras Risler paseaba su alegría por todos los aposentos de su nueva habitación, quedó á solas Sidonia en su gabinete. Á la luz de la lámpara azul pendiente del techo, echó una ojeada al espejo, que la reflejaba de piés á cabeza, y á todo aquel lujo tan nuevo para ella. Luégo en vez de acostarse, abrió la ventana y permaneció inmóvil al balcón.

La noche era clara y tibia y se veía distintamente desde allí toda la fábrica con sus innúmeras ventanas, sus lucientes y altos vidrios, su larga chimenea que

se perdía en la profundidad del cielo, y más cerca el vistoso jardincito contiguo á la pared del antiguo palacio. Al rededor de todo esto, casucas tristes y pobres, calles oscuras, negras. De pronto se estremeció la joven: allá en la más sombría, en la más fea de todas aquellas casas que se apoyaban unas en otras como sobrecargadas de miseria, abríase de par en par una gran ventana de quinto piso, que muy luégo reconoció... era la ventana del rellano en que vivían sus padres.

¡La ventana del rellano!...

¡Cuántas cosas le recordaba este solo nombre! ¡Cuántas horas y aun días enteros había pasado allí, inclinada sobre aquel húmedo reborde, sin balcón ni apoyo, mirando la fábrica! En este momento creía la recién casada estar viendo allá arriba su marchita cara de niña y en el fondo negro de aquella ventana toda su vida infantil y su triste juventud.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO DE YESU"
 1965 MONTERREY, MEXICO